

# LA ILUSTRACION CATOLICA



## PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

## PROPIETARIOS

VIUDA É HIJOS

DE

**JOSÉ AMALIO MUÑOZ**

FUNDADOR

ADMINISTRACION: Cava Baja, número 40, segundo

## PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.<sup>a</sup>—AÑO III.

Madrid 21 de Febrero de 1879

NÚMERO 31

## SUMARIO

TEXTO: Revista, por V. P. Nulema.—El Dr. Juan Enrique Newman, por D. Miguel Mir s. j.—D. Eduardo Gonzalez Pedrosa, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.—La Religión de Shakespeare, por Ch. Barthelemy.—Los grabados, por V.—Novedades bibliográficas.—Poesías alemanas.—El Castillo de Tercopelo, novela de Paul Feval, traduccion de Doña Balbina Antúnez.—Jeroglífico.

GRABADOS: D. Eduardo Gonzalez Pedrosa.—El Carnaval de Venecia.—Edificio de la Inquisicion en Barcelona.

inalterable, porque el Pontificado es Jesucristo, y Jesucristo «venció á la muerte.»

\*\*\*

Los periódicos de Roma que acabamos de recibir, publican las Letras Apostólicas de Nuestro Santísimo Padre Leon XIII, anunciando el Jubileo Universal.

La noticia debe llenar de júbilo á los fieles, para

los que se abre un tesoro de gracias y riquezas espirituales. En la Edad Media, cuando la fé era tan viva y el entusiasmo religioso, como la luz del sol, lo llenaba todo, el anuncio de un Jubileo causaba lo que hoy llamaríamos una revolucion en la cristiandad.

Como movidos de sobrenatural impulso los fieles se lanzaban á Roma, y allí, sobre el sepulcro de los Apóstoles, templaban sus almas con el fuego

## REVISTA

A la hora en que escribimos estas líneas se cumple un año de la feliz eleccion de Nuestro Santísimo Padre Leon XIII.

La cristiandad celebra con regocijo esta fiesta, que recuerda uno de los grandes triunfos de la Iglesia católica en el siglo de las revoluciones.

Estimulada la impiedad con un hambre de diez y nueve siglos, ansiaba ver caer en el sepulcro á Pio IX, cuya ancianidad y virtudes extraordinarias le infundian miedo, para devorar la sagrada cátedra de los Pontífices, y envolver en ruinas la tumba de los Apóstoles, fuente de aguas vivas que riega y fecunda el mundo, cubriéndole de flores y frutos celestiales.

El justo, en efecto, dejó su cuerpo á la tierra para remontarse al cielo, y mientras la cristiandad cubria de lágrimas su sepulcro, la impiedad se sonreía pensando que la muerte había extinguido para siempre la dinastía secular de los Papas.

Como el fénix que renace de sus cenizas, los Papas renacen de su sepulcro, y esta vez por singular providencia del cielo, ántes de cerrarse el de Pio IX, se abría para la Iglesia un nuevo Pontificado.

Leon XIII empuñó el cayado de San Pedro ántes de que la impiedad tuviera tiempo de lanzarse sobre su presa, y cuando quiso recordar, se encontró sorprendida con la explosion de gozo en que prorumpieron los católicos al saber el nombre de su nuevo Padre, que venia á continuar la obra de salud comenzada por Jesucristo.

Pocos dias bastaron para efectuar el cambio: los buenos reían mientras la impiedad rabiaba, y Leon XIII, desde la cumbre de su Iglesia, madre de todas las iglesias, bendecía al mundo asombrado de su eleccion maravillosa.

Pasan los hombres; pero el Pontificado subsiste



D. EDUARDO GONZALEZ PEDROSO



de la devoción, para acometer empresas gigantes, de que está llena la historia de aquellos siglos.

Del primer Jubileo, celebrado en 1300, han quedado recuerdos inolvidables. La Ciudad Santa se ó inundada de peregrinos, hasta el extremo de ser imposible andar por las calles de otro modo que paso á paso, siguiendo á la multitud que discurría de santuario en santuario, buscando y venerando los sepulcros de los primeros mártires.

El Jubileo que hoy se anuncia, concédendolo regularmente los Papas para celebrar su elevación á la Silla Apostólica: comenzará el 2 de Marzo y concluirá el 1.º de Junio. Sus gracias son las mismas que las del Jubileo tradicional, celebrado de 25 en 25 años desde los días de Sixto IV.

Como los tiempos han variado, la solicitud de los Papas por el bien de las almas ha facilitado los medios de alcanzar las gracias del Jubileo, y ya no es preciso ir á Roma á postrarse sobre el sepulcro de los Apóstoles, pasando por la *puerta del Jubileo*, abierta en la Gran Basílica sólo para estas circunstancias solemnes; ya no hay que dejar el calor del hogar doméstico para atermarse de frío en los caminos desamparados, caminando á pié y descalzo leguas y leguas, comiendo las hierbas del campo y bebiendo el agua de los arroyos, para venerar un sepulcro y ganar una indulgencia; ya no se piden grandes penitencias públicas, ni largas horas de trabajo gratuito en la edificación de los templos y monasterios: la caridad de la Iglesia lo ha simplificado todo, y con poco esfuerzo se ganan riquezas indecibles, que no tienen precio en los mercados del mundo.

¡Quiera Dios que el nuevo Jubileo sea para la Iglesia aurora de días bonancibles, ariete espiritual que quebrante los baluartes de la impiedad y prepare el triunfo y la libertad del Pontífice!

\*\*\*

El estado de Europa bien necesita de oraciones y gracias que atraigan sobre los pueblos las misericordias divinas.

Francia, llevada por el nuevo gobierno, camina al establecimiento *legal* de la *Comunne*, cuyos principales jefes han tomado posiciones en el terreno gubernamental, y no darán paz á la mano hasta que logren subir, de grado ó por fuerza, á la cumbre de la fortuna política, que hoy gozan M. Grevy en el alcázar de un emperador, y M. Gambetta en el palacio de un príncipe.

Los deportados de la *Comunne* volverán á París casi en triunfo, y el municipio de la capital quiere pagarles con 100.000 francos el trabajo que les debe por el incendio del *Hotel de Ville*. Si á este tenor se les pagan todas sus empresas, claro está que acabarán por hacerse dueños de Francia.

Las noticias de Alemania tampoco son muy liasonjeras: el gobierno ha procesado á varios diputados socialistas, cuya influencia sobre las masas tiene muy alarmado al emperador, y la policía está desplegando toda su actividad para sorprender los hilos ocultos de la demagogia prusiana.

Bismark, persiguiendo á los socialistas por medio de la policía, nos recuerda, dice con oportunidad cierto chispeante periódico católico, á D. Junípero el de la comedia de magia, que para apagar las dos bujías que tiene delante, sopla á una mientras la otra se le enciende, y con esta operación excita la hilaridad del público. No hay más diferencia, añade el articulista, sino que las velas solas se hubieran consumido, y los socialistas producirán un incendio.

Por último, el telégrafo nos dice, que el gran duque Nicolás de Rusia, hijo del gran duque Constantino, ha sido desterrado á Oldemburgo por orden del czar. La causa parece haber sido la publicación de un folleto subversivo que ha causado profunda impresión en el imperio moscovita.

¿Para qué seguir dando pinceladas en el cuadro, si en las figuras de primer término sobra el colorido, y en la perspectiva lejana las nubes ocultan la claridad del cielo?

Bendigamos la providencia de la Iglesia, que en circunstancias tan calamitosas abre á cada paso los tesoros de sus misericordias infinitas.

El Papa anuncia su Jubileo, cuando los pueblos príncipes de Europa son abismos de tristeza.

V. P. NULEMA.

## EL DR. JUAN ENRIQUE NEWMAN

### III

«Desde el día en que me convertí al catolicismo, dice Newman en su *Apología*, acaba la historia de mis opiniones religiosas. Al afirmar esto, no es mi ánimo dar á entender que de entonces acá mi entendimiento ha estado ocioso, ó que haya dado enteramente de mano á los estudios ó cuestiones de Teología, sino indicar solamente que no tengo que registrar en la narración de mi vida ningún cambio de ideas, como tampoco ninguna ansiedad ó zozobra del corazón. He gozado de paz y satisfacción completa. Ni una vez siquiera ha cruzado la duda por mi entendimiento. Mi conversión fué la entrada en el puerto después de un borrascoso viaje, y mi dicha y tranquilidad han permanecido inalterables hasta el día de hoy.»

En el seno de la Iglesia Católica encontró el doctor Newman, al par que entusiastas admiradores, campo vastísimo donde emplear sus talentos y actividad. Inclinado por naturaleza á las especulaciones intelectuales y á la vida íntima y retirada, ha esquivado cuanto le ha sido posible el que su nombre sonara en el tumulto de los públicos acontecimientos. Sea por lo que le enseñó su propia experiencia, sea por la idea, exagerada tal vez, de lo poco que puede la palabra ó acción del hombre en las cosas que pertenecen al dominio de la conciencia, y á las relaciones de la criatura con su Creador, tampoco ha tomado personalmente la parte que algunos quizá esperaban que tomaría en el grandioso movimiento de conversión al catolicismo que desde hace treinta años viene realizándose en Inglaterra. En muy contadas ocasiones, sobre todo en los últimos años, ha dejado oír su palabra en los templos católicos; y aun su misma persona de tal manera se ha sustraído á las miradas del vulgo, que á no ser forzado por graves compromisos, no ha desamparado jamás su amado retiro de Birmingham, donde vive desde el año 1848.

Pero si personal y directamente ha rehuido siempre de influir en la conversión de sus compatriotas, por uno de aquellos contrastes con que la divina Providencia, al decir de las Sagradas Escrituras, juega en el mundo y con los pensamientos y designios de los hombres, pocos ó ninguno tal vez, según hemos dicho al principio de estos artículos, han ejercido una acción más eficaz y decisiva que Newman en las ideas de sus contemporáneos. Esta acción é influencia es debida principalmente á su pluma, arma terrible, más dura que el bronce y más penetrable que el acero, y eficazísimo instrumento para el bien cuando está al servicio de un grande entendimiento, guiado á su vez por un grande y generoso corazón.

Las victorias que ha conseguido Newman con esta arma, la luz que ha derramado en los entendimientos y los errores y preocupaciones que ha desvanecido con la claridad de su enseñanza, solamente lo sabe Aquel para quien nada hay oculto en las conciencias de los hombres.

Entre los muchos servicios que ha prestado á la Iglesia, este es seguramente el más señalado, como también el de más durables consecuencias. La creación de la Universidad Católica de Dublín; la introducción ó fundación en Inglaterra de la Congregación de Sacerdotes de San Felipe Neri, plantel fecundísimo que ha dado á la Iglesia varones tan eminentes como Faber, de santa é inolvidable memoria, Dalgairns, escritor y filósofo ilustre. Bowden, Gordon, Keogh y otros no menos esclarecidos por su ciencia y virtud; y la educación de gran parte de la juventud aristocrática de Inglaterra, son ciertamente títulos poderosos al agradecimiento de los católicos ingleses para con el Dr. Juan Enrique Newman. Pero su gloria como escritor, si no eclipsa estas glorias, ha tenido á nuestro juicio una influencia más universal y beneficiosa para la Iglesia.

Esta gloria es además tanto más de estimar cuanto era mayor la postración en que se encontraba hace unos treinta años la literatura católica en Inglaterra, ceñida á libros de devoción ó controversia, sin que aún estos traspasaran un círculo estrechísimo. El movimiento de Oxford trajo al seno de la Iglesia no pocos escritores de mérito, que educados en las grandes tradiciones literarias de

aquella universidad, juntaban á la profundidad de la doctrina las galas de un estilo fácil, correcto y elegante. De esta manera, la hija de Sion se vió adornada y embellecida con los despojos de Egipto, y hoy día cuenta la Iglesia en Inglaterra con una riqueza literaria de muy subido valor, que al par que enriquece la mente y el corazón de los católicos, los hace más respetables é influyentes en la masa general de la nación.

El Dr. Juan Enrique Newman es quien más que nadie ha contribuido á crear esta riqueza. En los treinta y tantos volúmenes que componen sus obras, vemos ensayados todos los géneros en que puede ensayarse un escritor, y todos con igual acierto y felicidad. La teología y controversia cuentan entre sus joyas más preciosas los tratados sobre *El desarrollo de la enseñanza cristiana*, las *Disertaciones teológicas*, los *Ensayos sobre los milagros*, las *Discusiones y Argumentos*, las *Lecturas sobre la justificación*, y sobre el oficio profético de la Iglesia y otros escritos de no menos importancia y valía. Gózase la Historia al verse enriquecida con los *Ensayos críticos é históricos*, *Los Arrianos en el siglo IV*, *La Iglesia de los Padres*, y otros estudios históricos igualmente estimables. La elocuencia señala entre sus más brillantes producciones los sermones y lecturas admirables con que Newman, ya antes, ya después de su conversión, conmovió á las muchedumbres que acudían ansiosas á oírle. La literatura general le debe el ensayo filosófico sobre *La gramática del asentimiento*, y las lecturas sobre *La educación universitaria* pronunciadas en Dublín; la novela, las preciosas narraciones que llevan por título *Pérdida y ganancia* y *Calista*, y la poesía finalmente, el poema titulado *El sueño de Jeroncio*, uno de los rasgos más maravillosos del genio poético, y que bastaría por sí solo á colocar á Newman entre los poetas más profundos que han ilustrado nuestro siglo.

En todas estas obras gallardea un ingenio agudo, fácil, flexible, que así se encumbra á las regiones más altas del dogma y de la metafísica, como se abate y juguetea con los asuntos más llanos, apacibles y vulgares. En todo lo que escribe su pluma, resplandece estilo claro, elegante, modelado acabado de pureza y propiedad. Allí todo es luz y belleza. Si la novedad y grandeza de las ideas asombran el entendimiento, la imaginación se regala con el resplandor de las figuras y el oído está dulcísimo embebecido por la música de las palabras y por una suavidad y armonía incomparables.

La llama del genio ilumina frecuentemente las páginas dictadas por el grande escritor. Sorpréndense en él expresiones de aquellas que, modeladas en una forma exquisita, quedan profundamente impresas en la mente, tales como las encontramos en nuestro Fr. Luis de Granada, en Bossuet y de Maistre entre los escritores franceses, en Dante entre los italianos, en Goethe entre los alemanes, y en Shakespeare entre los ingleses.

Hay, además, en Newman, otra cualidad más notable aún que la belleza y claridad de estilo, y más rara y singular que la profundidad del pensamiento, cualidad que pertenece más á las facultades intelectuales que á las imaginativas, y que es más propia del hombre que del escritor. Esta cualidad es la unidad, el orden, la proporción y armonía sistemática con que se enlazan y corresponden sus ideas. Si el estilo es el hombre, y si la palabra es reveladora del pensamiento y cifra de lo más íntimo y escondido del alma, no hay duda que de pocos hombres se puede esto decir con tanta verdad como de nuestro escritor, original como nadie, siempre igual á sí mismo, y siempre diferente de los demás, presentándose á la vista de todo el mundo sin tergiversaciones ni fingimientos, y desarrollando espontáneamente sus ideas en un sistema completo, cuyas partes á maravilla se ordenan y armonizan. Gracias á esta unidad, principio de su vida intelectual, podemos penetrar en los senos más ocultos de su conciencia, nos damos cuenta de sus ideas como de sus acciones, y poseemos la clave del hombre moral ni más ni menos que del filósofo ó pensador. Así el escritor se compenetra con el hombre, y en los libros de Newman podemos ver la fotografía de su espíritu, como en su retrato seguimos las líneas de su rostro y los rasgos de su fisonomía. Por esto anduvo muy acertado Mr. William Samuel Lilly al estampar al frente de



una coleccion escogida de trozos de nuestro autor estos versos elegantísimos:

*Ille velut fidis arcana sodalibus olim  
Credebat libris, neque si male cesserat unquam  
Decurrens alio, neque si bene; quo fit ut omnis  
Votiva pateat veluti descripta tabella  
Vita senis.*

Escritor de cualidades tan sobresalientes, no es de extrañar que sea considerado por todos, así católicos como protestantes, como el príncipe de los escritores que hoy ilustran á Inglaterra. El nombre de Newman es autoridad en cuestiones de lenguaje; sus obras son citadas como modelos de estilo; y de él nos decia hace algun tiempo un literato ilustre de Inglaterra, que es el único escritor que ha habido en esta nación, tenido por clásico durante su vida. Tal es la gloria que rodea el nombre del célebre convertido, honor de Inglaterra y lustre de la Iglesia Católica.

Finalmente, si á dotes tan egregias de entendimiento añadimos las más valiosas del corazón y de la virtud, entiéndese perfectamente el respeto, que casi raya en veneración, con que pronuncian su nombre los católicos de la Gran Bretaña.

El día que el Dr. Juan Enrique Newman desaparezca de entre los vivos, se extinguirá la vida de uno de aquellos hombres que Dios envía de vez en cuando al mundo para que sean luz de las gentes y verdaderos bienhechores del linaje humano. ¡Quiera Dios que tarde mucho en llegar este día!

MIGUEL MIR. S. J.

## D. EDUARDO GONZÁLEZ PEDROSO

Uno de los españoles de mayor valía en el segundo tercio del siglo actual, por la claridad de su entendimiento, por la felicidad de su ingenio peregrino, por su mucho saber y por el temple de su alma, fué D. Eduardo González Pedroso.

Nació en Madrid hacia los años de 1822, hijo de un valiente soldado en la guerra de la Independencia, y de una señora noble del lado allá del Pirineo, cuyos padres, en la época del terror, emigraron á España. Muy niño dominó las Humanidades en los Estudios Reales de San Isidro, y pronto vino á desplegar estro el más delicado, enriquecida su imaginación con el conocimiento profundo de los autores clásicos griegos y latinos.

Quisieron sus padres que emprendiera la carrera de medicina, y se dejase de prosas y versos, que rara vez llegan á dar provecho y honra. Mas Pedroso, al ver contrariada y torcida su vocación, en los mismos días que el romanticismo, nueva forma de locura popular y epidémica, desatinaba á las gentes, á deshora sentó plaza de soldado en la bandera de la isla de Puerto-Rico. Su elegancia y destreza en escribir, así cuanto á lo material de la letra, como á la viveza, claridad y tersura de la dición, le abrió paso con los Capitanes Generales, que le llevaron á la Mayoría, confiándole á veces aún el redactar documentos de importancia. Suele saber bien en este mundo lucirse con el sudor del trabajo ajeno y apropiarse la gloria y el premio que de derecho le corresponden, sin necesidad de atentar, con la fatiga ni molestia más leve, á la incorrupta virginidad del entendimiento propio, ni consumir en graves estudios la vista, la salud y el tiempo, que se puede pasar con mucha menos pena y mucho más descanso y gusto, en los placeres, en la disipación y en la holganza. La chupadora esponja de los hombres públicos, orequiantes, comediantes y tragediantes, se hace con una viña en cuanto cae sobre uno de esos cuitadillos, ciegos entusiastas y finos enamorados del saber, de la verdad y de la patria, hidrópicos de que la realce, ampare y vivifique sea quien fuere y por cualquier camino; de sí mismo siempre olvidados, pródigos de sus tesoros intelectuales, gozosos del lucimiento de los demás, y desvividos por contemplar en cada hierba una flor, y en cada hombre un hermano. Aborrecen y desoyen la máxima de que:

Es adalid aquel que más se guarda,  
y más ovejas lleva al matadero.

La bien ganada privanza valió en cambio á Pedroso anchura y libertad para soltar el freno á sus pasiones y caprichos, y aún para obtener licencia de recorrer, con el pretexto de una ú otra comisión, diferentes regiones de América, donde se esplayó su espíritu observador, novelésco é impetuoso, llegando á conocer, como Ulises, muchos hombres y pueblos, y á sorprender en toda parte los secretos y móviles del corazón humano.

Acaudalado con tesoro tan grande y valioso de experiencia, amarga y desconsoladora en suma, con sed hidrópica de leer y de saber mucho más que cuantos le rodeaban; é imaginando que el entendimiento del hombre no tiene orillas que le aprisionen, como las tiene el mar, puso en olvido las lecciones y consejos de su cristiana y excelente madre, y devoró cuantos libros impíos ha lanzado el infierno de un siglo á esta parte para destruir la sociedad y convertir al hombre en fiera.

Pedroso cumplió su empeño militar, regresó á la Península en 1844, y se acogió al remedio á que otros muchos se acogen cuando no tienen dineros, que es á meter la cabeza en la redacción de un periódico. ¿Qué más le daba fatigarse por contribuir al medro ajeno de un capitán iliterato, ó al de un hombre político, de los muchos que tienen las letras muy gordas, pero muy sutil la ingeniatura? Admitido en la redacción de *El Globo*, en que tan viva parte hubo de tomar el ilustre Donoso Cortés, pasó luego á *El Universal*, publicación de colosales dimensiones y palanca de un banquero afamado; y desde allí á *El Español*, ejemplar, en su clase, de un periódico bien hecho. Prescindió completamente de los intereses y miras á que servía cada uno de ellos, pues no escribo historia contemporánea. Pedroso comenzó traduciendo novelas para *El Globo* y *El Universal*, hecho cargo del folletín; y para *El Español* enviaba, desde París, sazoadísimas cartas, donde resplandecía el escritor elegante y ameno, el hombre de saber y experiencia, el político de grande alcance. En 1848 murió *El Español*, y nació *La España*, cuyo fundador egregio y por mil títulos respetable, D. Pedro de Egaña, no descansó hasta ver á su lado á nuestro amigo, confiarle la sección crítica y dramática de su diario, y, en fin, la absoluta dirección del periódico.

Nuestro periodista hacía entonces la misma vida que la mayor parte de la juventud de su tiempo. El que le dejaba libre la redacción, gastábase en la tribuna de los periodistas, en el café del teatro del Príncipe, en el cuarto del galán y de la dama, en trasnochadas francachelas y juntas de mancebos descaminados.

Sirvió, pues, á la vanidad de su siglo, bebió ansioso el veneno de pérfidas doctrinas, y apuró el cáliz de amargas domésticas, de crueles desengaños, de miserables defecciones. Polemista por inclinación, sofístico por la influencia de la moda y de las ideas preponderantes en la sociedad, distinguíase en los agitados centros de la política, de la ociosidad y de la literatura.

Yo le conocí cuando fuimos ambos nombrados vocales del tribunal de censura dramática en el recién creado Teatro Español; y durante catorce años nos unió fraternal cariño, el más leal y verdadero, cuyo recuerdo me llena de consuelo y dulzura. Jactábase, años adelante, de ser conformes nuestros sentimientos, y de llamarme «su hermano de corazón.» Así lo conservo escrito de su puño en varios libros que son reliquias para mí. Él me confió el primero los grandes combates de su espíritu, en aquella hora inolvidable y sublime en que la gracia del cielo llovió sobre él, trocándole de lo que había sido hasta allí, en arma de defensa y amparo de los principios eternos y vivificadores. Puso los ojos en una criatura angelical, se hizo querer con la fuerza de su ingenio, de su imaginación fogosa, de su fascinadora palabra; pero no faltó quien advirtiese á la niña, de no correr parejas sus creencias santas y firmes con las del galán que la requería de amores. En los lábios de la doncella inocentísima, resplandeció la sabiduría que, descendiendo de lo Alto, avergüenza la vanidad y soberbia de los sofistas, y destruye el oropel de sus ampulosas declamaciones.

Como de repente se suelen rasgar las nubes en tempestad deshecha y resplandecer el claro cielo, se abrió á la luz el entendimiento de Pedroso; y rápido corrió á la fuente de aguas vivas que limpia lo inmundo, sana lo enfermó, fortalece al

débil y sublima á quien las busca, y le ciñe corona de estrellas inmortales. El racionalista, el perdido en las tinieblas del error, se trasformó desde aquel día en otro sér, para consuelo y corona de su anciana madre, para defensa de la patria, para enseñanza y admirable ejemplo del mundo. Se desnudó de la vanidad de los que piensan que acaba todo con el último suspiro, y dejó de mirarse á sí, entregándose entero al remedio y solicitud de los demás.

En esas horas en que se abre el corazón para el amigo, refase con infantil alegría, de los que amarrados á los negocios públicos, se asemejan á los caballos de un carro triunfal, que engallándose mueven y sacuden los plumajes de su cabeza, é imaginan ser ellos los triunfadores. «No te dé pena, cierta vez me decia, en esa triunfal carroza el vencedor es Cristo.»

Su mucho saber, la advertencia y sagacidad de su entendimiento hallábanse francos para cuantos se le acercaban. Era (como de otro acaba de decir uno de nuestros jóvenes riquísimo en ingenio y donosura) pozo que rebosa y apaga la sed de todo el que se le acerca, sin acepción de personas. Como el antiguo veneciano que traía de Oriente drogas de exquisito olor, así Pedroso llenaba de fragancia sin igual los escritos que se le consultaban y las palabras que sugería á los nobles atletas en el ardoroso palenque de las ciencias ó de la patria.

El veneno de la vanidad á que hubo de pagar tributo, se volvió triaca benéfica después de su conversión milagrosa. Admiran sus poesías de este tiempo, la severidad indulgente de sus escritos, la amenidad de sus producciones literarias. Si la gratitud y cordura fueran patrimonio de las naciones, se recogerían y vulgarizarían con profusión y orgullo las obras de un español tan preclaro.

Como político prudente hizo gloriosísima campaña en el periódico satírico *El padre Cobos*, que acabó con la situación de 1854 á 1856, y que no ha tenido rival ni lo tendrá quizá en oportunidad, discreción, gracia é impulso invencible hacia lo digno y grande. Ayudaban á Pedroso en la hidalga tarea escritores tan sazonados, profundos é ingeniosos como Suárez Bravo, Villoslada y López de Ayala; tan agudos é intencionales como Garrido, tan chistosos, inspirados y sorprendentes como Selgas. Dóciles y de varonil corazón todos ellos, sin la vanidad y quisquillas de autor, veíanse moderados en justos límites y convertidos á un pensamiento único y fecundo, merced al juicio y conciliador ánimo de Pedroso. Tan bien encaminado papel satírico, no parece obra de seis soberanos ingenios, sino de uno solo. Mientras aquel ariete de la verdad y la justicia batía pujante la ceguedad de un vulgo necio, la gárrula sofistería de pseudofilósofos asalariados y las sugerencias pérfidas y tenebrosas de extranjeros enemigos de España, sostenían en las Cortes reñidas batallas con lucidez de juicio, noble arrojo y entero corazón oradores insignes.

Cuando triunfó la causa de la patria y subió al ministerio de la Gobernación el Sr. D. Cándido Nocedal, tuvo éste el acierto de confiar á Pedroso la Dirección general de Beneficencia. Ninguna elección más acertada, puesto que venía á recaer en un varón de ardiente caridad, lleno de Dios y que puso á toda hora su grande entendimiento en el necesitado y el pobre.

Muchos é importantísimos fueron los trabajos literarios que emprendió mi dulce amigo, y á que dedicó su atención vehemente y afebrada. Entre ellos contábase una magistral edición de las *Obras de Santa Teresa*; para la cual reunió tesoro de datos y noticias, y preparó ilustraciones y juicios á cada libro, dignos de su privilegiada pluma. ¡Lástima grande que terminada la mayor parte del trabajo, aún permanezca inédito!

Por fortuna de las letras españolas y para inmortalizar su memoria, el egregio escritor dió á la estampa en 1858 la primera parte de su *Compendio de la Biblia*, que contiene el *Antiguo Testamento*, ajustado á la versión del P. Scio. Joya de nuestra literatura, y libro de mucho valor en poco volumen, como el oro y el diamante, muestra el sumo tacto de su autor, su peregrino arte para exponer y describir, su dominio en la lengua castellana. Con esta obra no puede rivalizar ninguna de su clase, instructiva para la niñez, delectable para la juventud, y provechosa y útil siempre. No debiera nadie carecer de un ejemplar de ella, ni dejar de dedi-



car algunas horas, cada año á lo ménos, á tan sabrosa lectura.

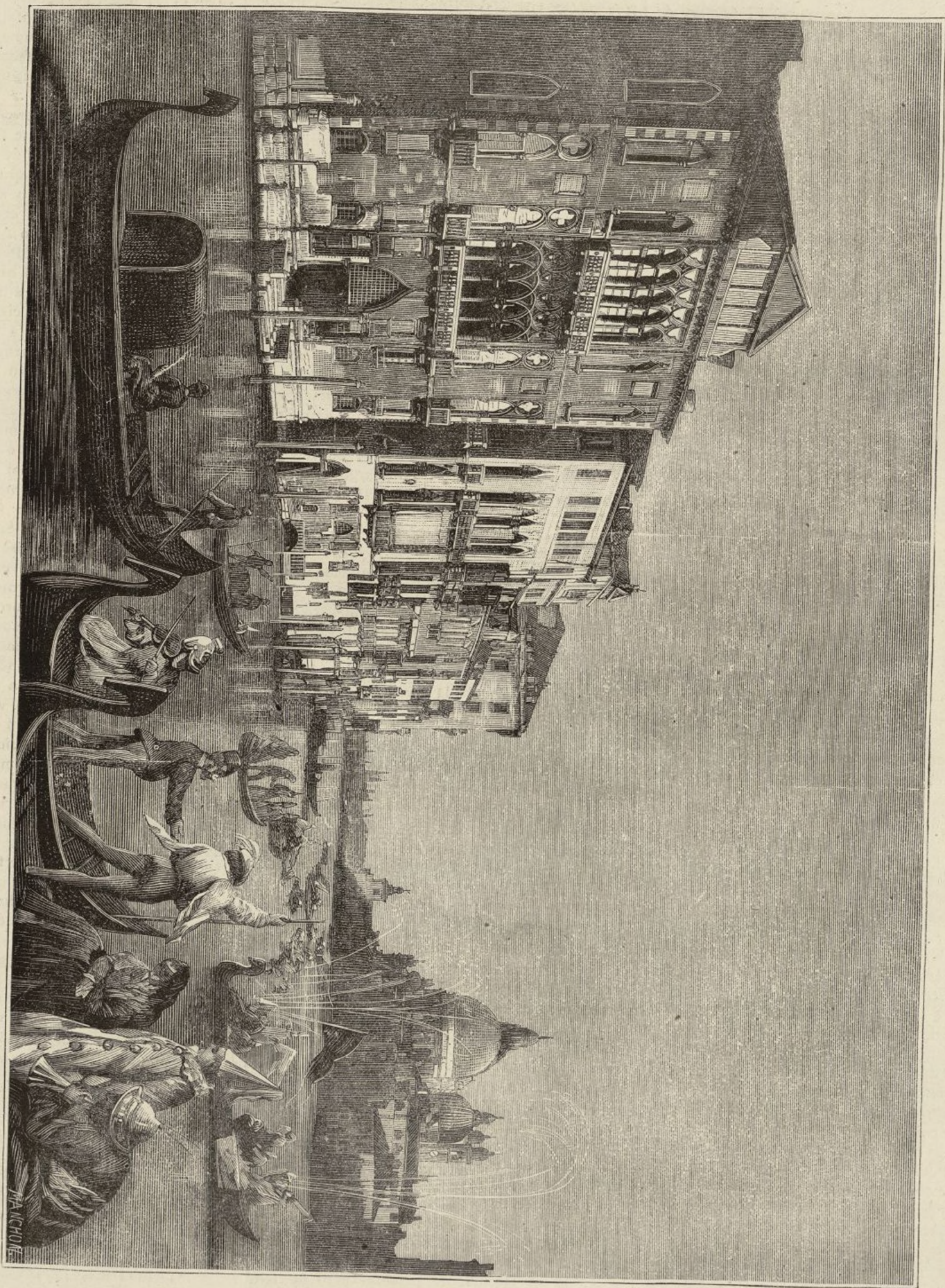
Cuatro años ántes, en el de 1854, se estrenó en el Teatro Español *El Veinticuatro de Febrero*, drama en un acto, de Werner, traducido y refundido por nuestro Pedroso. La obra del alemán hubo de perder su índole fatalista, pagana y desconsoladora; se transformó en un poema cristiano, de sumo alcance y trascendencia; ganó en la disposicion

del cuadro; desapareció lo repugnante de los dos principales caracteres; y lo bello y nuevo de la versificación dió á todo vida y realce. Interpretado á maravilla por los grandes actores doña Teodora Lamadrid y D. Joaquin Arjona, valió al autor español merecido y envidiable triunfo.

Por último, salió á luz en el tomo LXIII de la Biblioteca de Autores Españoles una excelente y escogida coleccion de *Autos Sacramentales*, desde

su origen hasta fines del siglo XVII, dispuesta y ordenada por el felicísimo poeta. Cronológicamente aparecen los autos, libres de los groseros errores y dislates que afean muchas de las ediciones contemporáneas, é ilustrados con diligencia exquisita y erudicion verdadera, la más oportuna y conveniente. Precédelos un admirable prólogo que, por su novedad, amenidad y hermosura, se ha de estimar como singular modelo de recóndita erudicion, crítica sa-

EL CARNAVAL DE VENECIA



gaz, y subyugadora elocuencia. Este volúmen es de los muy contados que realzan la referida *Biblioteca* estereotípica de *Autores Españoles*, inspirada (como acaba de decir con razon harta el juicioso crítico francés Morel Fatio), ántes que por un espíritu literario y patriótico, por miras exclusivamente mercantiles é interesables.

Pedroso, hasta los últimos instantes de su vida, escribió en *El Pensamiento Español*, casi desde la

aparicion de este periódico en 1860; y los artículos políticos suscritos por él, son ejemplar de lenguaje castizo, de frase varonil, vigorosa, de sana doctrina y de salvadores intentos.

Desde su sincera, profunda y completa conversion, resuelto firmemente á ser todo de Dios, que le crió y habia de juzgarle, «su vida fué ejemplarísima (como ha dicho uno de sus más esclarecidos compañeros y de nuestros primeros escritores), su

espíritu cada vez más elevado, purísimas sus costumbres, viva y ardiente su fe, y devorador su celo por la casa de Dios. El Señor lo probó con trabajos y dolores extraordinarios, cuyo sólo recuerdo espanta, y los cuales le partieron el corazon siendo causa de su muerte. Todo lo sobrellevó, no sólo con resignacion, sino con espiritual alegría. Todo le parecia poco, y no se hartaba de padecer y de bendecir á Dios, en la plenitud de sus más acerbos



dolores corporales. Jamás se compadeció á sí mismo; su compasion la guardó para los pobres, y para los que edificados le contemplaban moribundo en su lecho.»

Fueron sus padres D. Bruno González Pedroso y doña Armanda Kólmán. En 1852 casó con la señorita doña Josefa Olalde y Egaña, á quien puede

decirse que vino á deber más que la vida; y tuvo la amargura de ver caer en el sepulcro, uno á uno, ya crecidos, casi todos los frutos de aquella bendecida union, y de cerrar él mismo los ojos de la criatura angelical que le entregó su mano para salvarle, y que en la edad más florida pagó tributo doloroso á la muerte. Nuestro cristiano amigo des-

cansó en la paz del Señor, á las cuatro de la tarde del sábado 27 de Diciembre de 1862, cuando celebraba ya el día de los Santos Inocentes nuestra madre la Iglesia Católica; como si quisiera consolarnos de que aquel alma, purificada en el crisol de acerbos dolores y devuelta á la prístina inocencia, volaba á unirse con los justos en el cielo.



EDIFICIO DE LA INQUISICION EN BARCELONA

Ponga sello á esta vida singular, toda ejemplo, advertencia y enseñanza, la cláusula principal del testamento de Pedroso, redactada por él mismo con toda la vehemencia de la fe que le enardecía. Dice así:

«Si en algunos de mis escritos, firmados ó anónimos, se halláre cosa contraria á lo que cree y

manda nuestra Santa Madre Iglesia, desde ahora para siempre me retracto y reniego de ella, como sugerida por el espíritu maléfico para perdición de mi alma y las de mis prójimos; y pido á todos aquellos á quienes en mi tránsito por el mundo he afligido ó dado ocasiones de pecar, que me perdonen en memoria del gran ejemplo de caridad que

nos dió nuestro Redentor cuando rogó desde la Cruz por sus ofensores. Crean todos ellos en la sinceridad de mi arrepentimiento; y si álguien me hubiere causado voluntariamente algun mal, esté seguro de que le perdono y le amo como hermano mio, mejor que yo. Dios me perdone, como se lo suplico de veras, por la intercesion de su Santísi-

Ayuntamiento de Madrid



ma Madre la Virgen purísima, cuyo dulce y sagrado nombre invoco, con cuya esperanza y bajo tales auspicios ordeno este mi testamento.»

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

## LA RELIGION DE SHAKESPEARE

### II

Hemos llegado á los últimos años y á los últimos días del gran poeta, época que no es la menos interesante de la vida de este genio, tipo el más elevado del carácter inglés.

El drama *Enrique VIII* fué el último que Shakespeare compuso con objeto de demoler un drama anterior hostil á las creencias de sus padres. Su última comedia, *Las alegres comadres de Windsor*, fué escrita en 1600 con idéntico motivo, y en lo sucesivo desaparecerán las disposiciones de ingenio y de corazón que alimentaban aquella *vis* cómica para ser reemplazadas por sentimientos melancólicos acerca de la triste suerte de sus amigos, de su propio pasado y de la penitencia de sus faltas personales. De aquí han procedido *Julio César*, *Othello* y *Hamlet*.

Sin detenernos en *Julio César*, encuéntrase en *Othello* expresadas las condiciones esenciales al ideal caballeresco; únicamente se hallan cambiados los papeles, puesto que Desdémona, verdadera heroína del drama, si no ejecuta hazañas, recompensa por medio de su amor, tan generoso cuanto puro, las hechas en una guerra santa, en la guerra de Chipre, muy reciente entonces (1571). *Othello* no manifiesta en este drama solamente las condiciones de un cristiano: servidor de una república muy cristiana, presenta además, escandalizando indudablemente á los espectadores protestantes, los hábitos de un papista, «que tiene fe en todos los pequeños símbolos materiales de la redención de los pecados y en las más ligeras prácticas de mortificación, como la reclusión, el ayuno y la oración.»

Claramente se comprende, que el poeta no perdía de vista el ideal ascético ni el caballeresco. Este doble sello y en general el sello católico, se encuentra especialmente impreso en la tragedia *Hamlet*. La escena más notable, sobre todo bajo el aspecto de la autobiografía de Shakespeare, es aquella en que el rey, asesino de su hermano y usurpador de su trono, manifiesta los remordimientos de que se halla atormentada su alma. Además del acto de contrición concebido en términos que difieren muy poco de las fórmulas más ordinarias, hay en ella versos que prueban una iniciación especial en los misterios de la penitencia, de la misericordia y de la oración. Encuéntrase también en dicho drama algunos versos en que las dificultades del arrepentimiento como condicion absoluta de regeneración espiritual, se hallan expresadas en un lenguaje tan conciso, tan firme, tan imponente, y por decirlo así tan bíblico, que podría servir de materia á un comentario filosófico, que excedería en mucho á las apreciaciones puramente literarias.

El soneto 110 es en especial una de las efusiones más conmovedoras de aquella grande alma entonces más que nunca atribulada por el sentimiento de sus propias miserias. En él se acusa Shakespeare de haber sido desleal para consigo mismo y de haber mirado á la verdad con mirada oblicua y extraña. Este soneto vigoriza fuertemente la presunción que existe acerca de las creencias católicas del gran poeta dramático inglés. Ocupase en el de las debilidades de su carácter, origen de profesiones de fe bastante equívocas, ya respecto á su vida como cristiano, ya respecto á sus obras como poeta. «Lo que prueba que bajo este último aspecto, no creía (Shakespeare) haber hecho bastante, es que las piezas pertenecientes á su último período llevan cada vez más impreso el sello de sus creencias hereditarias. Esta progresión se descubre en los dos dramas históricos de *Enrique V* y de *Enrique VIII*; pero se vé mejor todavía, ó por lo menos es de estudio más curioso en *Hamlet* á causa de la comparación que se puede establecer entre las dos formas, bajo las cuales fué tratado este asunto por el autor en muy distantes fechas. Por ejemplo, en el

primer *Hamlet*, el diálogo entre el príncipe y el fantasma de su padre no contiene más que la afirmación del dogma del purgatorio, mientras que en el segundo *Hamlet* se afirman de una manera notable todos los sacramentos de los agonizantes, y con expresiones técnicas que hacía mucho tiempo debían haber caído en desuso.» (Rio.)

En *Medida por medida*, la aureola mística con que Shakespeare ha coronado la casta figura de Isabel, demuestra que el objeto principal de esta pieza es la glorificación del ideal ascético en general y de la virginidad claustral en particular. Tal vez nunca se ha expresado mejor el irresistible poder de las oraciones matinales que las almas limpias de toda mancha elevan al cielo. En boca de Isabel ha puesto el poeta los hermosos y nobles pensamientos, que ocupaban su espíritu viéndose que le había prestado el fruto de sus meditaciones personales. En sus labios se halla esta frase atrevida, cuya claridad excluye todo equívoco: «Los grandes pueden mofarse de los santos: en ellos esto es talento; pero en sus inferiores, es una profanación horrible.»

El poder de la santidad, aun antes de la transfiguración por medio de la muerte, se afirma más todavía en el acto 5.º, cuando Mariana la pecadora pide á Isabel que ore por ella, no articulando las palabras que ella misma se encarga de pronunciar, sino arrodillándose solamente cerca de ella y elevando los ojos al cielo.

CH. BARTHELEMY.

(Se concluirá.)

## LOS GRABADOS

*Edificio de la Inquisición en Barcelona*, p. 245

Está su perspectiva tomada desde la plaza del Rey. Hoy sirve de archivo general de la Corona de Aragón, uno de los mejores de España. La escalinata, figurada en el centro, conduce á la puerta lateral del templo de Santa Clara; el cual, durante la Edad Media, servía de tinell ó sala de Embajadores. Sabido es que todo este gran cuerpo del Real Palacio fué cedido en 1487 por D. Fernando el Católico al inquisidor general de Cataluña para que lo habitase y pudiese establecer en él el tribunal del Santo Oficio. Entre las cartas inéditas de los Reyes Católicos, que guarda el archivo municipal de Barcelona, hay muchas (1) que manifiestan la viva oposición que les hizo el Consejo de Ciento de la Ciudad, alegando que semejante institución era contra fuero. Los Reyes acabaron por sobreponerse á todo obstáculo, é idearon realzar la nueva forma que el Santo Oficio tomaba en los Estados de Aragón, instalándola en su propio palacio y dotándola suntuosamente.

La vista que publicamos está dibujada por Gustavo Doré, como se deja conocer por la fantasía de sus detalles.

*El Carnaval de Venecia*, pág. 244.

El grabado que lleva este título da idea del aspecto del Gran Canal en un día de máscaras. A la izquierda se vé el precioso palacio *Cavalli*, hoy propiedad del conde de Chambord, ejemplar de los muchos que embellecen entrambas orillas, y en el fondo se levanta la cúpula de Santa María della Salute.

El Carnaval de Venecia no es hoy sombra de lo que fué; porque la ciudad de oro del Petrarca, la dominante y bella reina del Adriático, que tenía por arrabales la Grecia y la Italia, y que en su vanidad llegó á intitularse «señora de cuarta y media parte del imperio romano,» es hoy un vasto sepulcro cubierto de escombros.

Pasear hoy el Gran Canal en el fondo de una góndola, negra como un ataúd, viendo á un lado y otro los solitarios palacios de la antigua nobleza

amenazando ruina, es espectáculo que cuadra poco á la animación y fiestas del Carnaval.

Venecia, sin embargo, es un museo donde puede estudiarse por los restos que quedan las magnificencias de su pasado esplendor, y más que nada, la inconstancia de la suerte y la vanidad de las riquezas del mundo, representadas en la soledad, silencio y pobreza de la que fué reina de Oriente y metrópoli de Europa.

El antiguo Carnaval duraba muchos días y constituía una serie de fiestas alegres en que entraban por mucho los grandes bailes en los palacios de los grandes señores. Por las tardes recorrían el Gran Canal góndolas lujosísimas, cubiertas de ricos tapices, en las cuales ostentaban sus brillantes trajes y suntuosos tocados las damas que ha inmortalizado el pincel de Ticiano y del Tintoretto.

El Carnaval atraía numerosos forasteros á la ciudad flotante, y daba lugar á mil aventuras galantes, que han dado pasto á la pluma de los novelistas y ha inmortalizado la lira de Thomas.

D. Eduardo González Pedrosa, pág. 241.

(Véase el artículo biográfico).

V.

## NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

Nuestro muy querido amigo D. Miguel García Romero, secretario de la Juventud Católica, ha publicado con el modesto título de *Apuntes para la biografía de D. Marcelino Menéndez Pelayo*, un precioso librito en el que, con castizo lenguaje y abundante copia de datos, da á conocer los extraordinarios y portentosos trabajos literarios y científicos del eminente montañés, á quien todos los sabios admiran, y los pormenores más interesantes de su vida, estudios y viajes.

En dicho libro está incluida también íntegramente la lección explicada en el ejercicio de oposición á la cátedra que justamente desempeña hace ya un mes el sabio santanderino.

Su biógrafo, joven de la misma edad que Menéndez Pelayo, y, como él también, virtuoso y ferviente católico, ha cumplido con el deber que le impone su entusiasmo por las letras y por sus cultivadores, publicando los merecimientos científicos del sabio profesor que, correspondiendo á los dones con que la Providencia ha querido enriquecer su inteligencia privilegiada, es una demostración palmaria de que la ciencia y la fe, lejos de ser incompatibles, se prestan poderoso auxilio cuando concurren al mismo fin.

Acompaña á la obra un excelente grabado en acero con el retrato del Sr. Menéndez Pelayo, y se vende á 6 rs. en la librería de Aguado y en la Academia de la Juventud Católica.

\*\*\*

Con el título de *La Edad de Piedra*, ha publicado el distinguido escritor D. Juan Catalina García la colección reunida de tan interesantes artículos acerca del arte prehistórico, que han visto la luz pública en LA ILUSTRACION CATÓLICA.

¿Qué hemos de decir de este precioso librito, cuando nuestros lectores conocen los importantes trabajos que encierra? El Sr. Catalina García ha hecho, no sólo una obra buena, sino también una buena obra recogiendo en corto volumen «unos conocimientos tan útiles como interesantes, y que, mal enderezados, pueden dañar á los dogmas católicos.»

El Sr. Catalina, que es tan hábil investigador como elegante y castizo escritor, ha enriquecido el trabajo con nuevas aclaraciones y notas, que lo hacen por todo extremo interesante.

Véndese este interesante opúsculo, bellamente impreso, á 8 rs. ejemplar, en las principales librerías de Madrid.

\*\*\*

El inspirado poeta catalán, D. Jacinto Verdaguer, ha tenido la bondad, que le agradecemos mucho, de enviarnos un ejemplar de su magnífico poema *La Atlántida*, premiado por la Diputación

(1) Fechas. Año 1484: Córdoba 4 Junio, 17 y 23 Julio, 8 Agosto; Sevilla 3 y 6 Noviembre.  
Año 1485: Alcalá de Henares 12 Diciembre.  
Año 1486: Córdoba 30 de Marzo, 31 Julio y 25 setiembre.



provincial de Barcelona en los juegos florales de 1877, y publicado con suma elegancia á expensas del acaudalado industrial D. Antonio Lopez.

Teníamos ántes de ahora noticia del poema, y aún habíamos leído con entusiasmo alguno de sus preciosos cantos; pero un exámen más detenido nos ha revelado bellezas de primer orden, que colocan al Sr. Verdaguer en primera línea entre nuestros poetas épicos.

En las descripciones, sobre todo, el cantor de *La Atlántida* nos parece admirable, y si á este elemento importantísimo de la poesía épica se añaden la valentía y novedad de las imágenes, la elevación y armonía del estilo y la corrección y galanura de la versificación catalana, se comprenderá muy bien el elogio que le tributamos.

El Sr. Verdaguer es sacerdote, y en este concepto merece particulares alabanzas, por haber sabido, como nuestros grandes poetas, ceñir á la corona sacerdotal los laureles de la literatura.

\*\*\*

El director accidental de la Academia de la Historia, nos ha obsequiado con un ejemplar del Informe emitido por esta docta corporación sobre *Los restos de Colon*, Informe elegantemente impreso y publicado por el Ministerio de Fomento.

Lo hemos leído con vivo interés y creemos poder asegurar, que la Academia ha evidenciado matemáticamente la sinrazón con que los dominicanos pretenden poseer los restos de Cristóbal Colon, trasladados á la catedral de la Habana cuando la isla de Santo Domingo dejó de pertenecer á los dominios españoles.

El Informe de la Academia es obra digna de aplauso por la rectitud de su criterio histórico, por la claridad de sus razonamientos y la abundancia y oportunidad de los datos que encierra.

¡Lástima grande que manchen algunas de sus páginas frases y conceptos de mal gusto y de no buena intención, debidos exclusivamente á la pluma del Sr. Colmeiro, redactor del Informe!

## POESÍAS ALEMANAS

### LA ANTIPATÍA

Estaba ya un beodo agonizando;  
Su mujer le besaba sollozando;  
Él, que el riego sintió que así corría  
De la ternura que en amor se fragua,  
—No llores, ¡ah!—le dijo,—cara mía;  
Que nunca pude soportar el agua.

PEEFFEL.

### AL SEPULCRO DE UN AVARO

Aquí yace á estos mármoles asida  
De un avaro cruel alma inhumana,  
Que lloró, al ver la muerte ya cercana,  
El gasto del sepulcro, y no la vida.

LOZEDANO.

## EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

—Enteramente sola... Yo sé todas las veredas de la selva.

—Pero, ¿para entrar en el castillo tales horas?...

—Conozco muy bien á Lacuzan, no ménos que él me conoce á mí... Lacuzan me esperaba.

XIX

### La máscara de color de rosa

—Lacuzan sabe muy bien que yo jamás tengo miedo,—continuó la señorita Blanca con un tantí-

co de orgullo;—Lacuzan estaba seguro de que yo vendría, y estaba de centinela al cabecero del puente levadizo.

Me tendió la mano.

—Gracias, Blanca, hermana mía,—murmuró. Y añadió en seguida temblándole la voz y ahogándose en la garganta:

—¡Hermana mía! ¡hermana mía! ¡Qué desgraciados somos!

Le pregunté por María, y se cubrió el rostro con las manos.

—Duerme,—me contestó por fin;—pero ven acá, que te lo voy á decir todo.

Aquí Blanca se detuvo un momento; Pichenet la interrogó con la mirada, y la dijo:

—Ruego á usted que no me oculte nada.

—Es que Lacuzan es mi más antiguo amigo á más de ser mi hermano. Si el mismo Alberto de Coetlongon, cuya esposa he de ser Dios mediante, me preguntara los secretos de Lacuzan, no se los diría.

—¡Señorita!—replicó Pichenet,—yo quiero al señor conde de Lacuzan como si fuera mi hermano ó mi padre. Yo sé muy bien, que no soy más que un pobre médico, en tanto que él es un señor de la grandeza; pero no obstante, suplico á usted de nuevo que nada me oculte. He adivinado ya la mitad del secreto; dígame usted lo restante.

Blanca le miraba á la cara como si quisiera leer en su corazón, y pasados unos momentos le dijo:

—Confío en usted, Adriano, creo en usted y no quiero ya ocultarle nada. Verá usted lo que me hizo saber Lacuzan:

Hace como unas tres semanas, mi hermana María salió sola del castillo una tarde á pasear en el parque. El parque se introduce á gran distancia por la selva, y hay un portillo en la tapia que le cerca.

Pero Lacuzan es el ídolo del país, y nunca nadie había tratado de introducirse en el parque por aquel portillo.

Cuando la tarde, y comenzaba el crepúsculo. Mi hermana volvía ya camino del castillo, cuando de repente una terrible sombra negra surgió de entre un zarzal y la cerró el paso.

Lo que allí aconteció mi hermana se lo refirió á su marido aquella misma tarde, mas necesito decir á usted en seguida que desde entonces ha perdido ella todo recuerdo de aquel suceso, por más que su memoria conserve perfectamente el recuerdo de las cosas ocurridas mucho tiempo atrás.

Cualquier circunstancia que la recordara aquella atroz escena la haría probablemente volver á caer en los más crudos de su mal.

Ya habrá usted adivinado que la sombra negra que se levantó delante de María era Malbrouk. Soltó una carcajada horrorosa y la cogió las dos manos.

—¡Te toco, te toco!—gritaba con alegría salvaje,—¡y el mal se pega!

Y como ella tratara de desasirse la estrujó y manguilló ferozmente sus delicados brazos.

Después, ¿cómo decirlo? temeroso de no haberla todavía inoculado con bastante seguridad la peste, se lanzó sobre ella y la mordió en el cuello como un lobo.

Después escapó saltando por entre las matas y dando gritos de triunfo.

María volvió al castillo medio loca.

A eso de las once, poco ántes de la media noche, la comenzaron ya los primeros síntomas del *mal de infierno*, y toda la noche hubo de oír los salvajes aullidos de su verdugo, que gritaba escondido entre las altas encinas de la selva:

—¡El mal se pega! ¡La he tocado! ¡La he tocado!

No ha sido posible nunca prender á este hombre, que posee una agilidad infernal.

Durante los ocho días primeros María ha estado entre la vida y la muerte.

—Pero, ¿quién la ha asistido?—interrumpió aquí Pichenet.

—Su marido.

—¿El conde de Lacuzan?

—¡Bien se vé que usted no le conoce! De otro modo no lo extrañaría. El estaba ántes que nadie en la confidencia de los presentimientos de María. Se había casado con María en la convicción de que estaba predestinada á sufrir el *mal de infierno*.

Aun mucho tiempo después de que María, tan

feliz como era, hubo olvidado sus presentimientos de muchacha, sus temores que al fin reconoció vanos y pueriles, Lacuzan conservó sus presentimientos y sus temores.

Como quiere á mi hermana hasta el punto de vivir solamente para ella, aquel temor vino á ser su preocupación constante, y como no es hombre capaz de huir ante ningún temor, buscó manera de resistir y luchar.

Usted sabe que desde la invasión del *mal de infierno* afrontó tan bizarramente los peligros del contagio que el pueblo ignorante le acusaba de ser brujo. Quiso unir el estudio científico á la experiencia y se hizo médico.

—¡Médico!—exclamó Pichenet estupefacto, midiendo con respetuosa atención lo intenso de aquella ternura.

—Médico,—repitió Blanca,—no ciertamente por obra de la Facultad de medicina, sino por sus pacientísimas vigiliass y porfiados estudios.

Médico decidido é inteligente.

María se ha curado: su convalecencia está puede decirse concluyendo: María está casi tan fuerte como ántes de su enfermedad...

Blanca se detuvo aquí. Pichenet presintió en seguida que había otra cosa.

—Entonces ¿por qué todos esos misterios?—dijo.

—Usted sabe muy bien las huellas que deja en pos de sí el *mal de infierno*,—respondía Blanca pausadamente y en voz baja:—usted sabe, ó acaso no lo sepa, hasta qué punto está mi hermana enamorada de su belleza... ¡Ay de mí! ¡Su belleza!...

Aquí se la arrasaron en lágrimas los ojos.

Pichenet lo comprendió todo inmediatamente.

—Y ¿no sabe todavía?...—preguntó.

—Lacuzan quiere que no lo sepa jamás,—replicó Blanca;—y en esta empresa insensata es en la que está gastando ahora su fuerza heroica y su voluntad indomable. María está como prisionera para que nadie pueda verla, para que nunca un gesto imprudente, una exclamación, una palabra de sorpresa no vengán á revelarla el cambio cruel que en ella se ha obrado.

—¡Conque está muy cambiada!—hubo de exclamar Pichenet.

—Yo no he podido todavía resolverme á mirarla,—repuso Blanca en ademán de apartar los ojos hacia otro lado;—pero cuando Lacuzan cree estar solo, repite con mucha frecuencia:

—¡Se muere de eso, se muere!

—Eso será un hablar,—murmuró el médico.

Blanca se quedó pensativa un instante.

—María es buena,—dijo por fin,—y aún esto es decir muy poco: María tiene un corazón excelente; pero no ha salido nunca de ser niña porque era demasiado hermosa. Su belleza ha llegado á ser su alma. Lacuzan es enérgico y es grande, pero la ama demasiado: ama á su María como no se debe amar sino á Dios. Está sufriendo tormentos de esos que destrozan y quebrantan los corazones más robustos cuando Dios no vive en ellos, de esos que extravían las inteligencias más elevadas cuando no se mantiene viva en ellas la luz de la fe. Lacuzan ha dicho en otro tiempo á María, que si llegara el caso de que ella no pudiera ya ser dichosa en este mundo y él lo supiese, la mataría. Sí, yo estaba presente cuando se lo dijo, y por cierto que era en circunstancias bien solemnes. Ahora bien, Lacuzan sabe de sobra que no ha de poder prolongar por mucho tiempo más el engaño de esta comedia imposible. Lacuzan está desanimado. Lacuzan cree ver y oír á Rennes todo entero enloquecido por su pueril y desatentada pasión de saber que brama impaciente y curioso á las puertas del castillo de Barba-azul..., porque todos le llaman Barba-azul... ¡justicia del cielo! Lacuzan padece una especie de fiebre. Lacuzan se vuelve loco. Lacuzan matará á su mujer y se matará él, porque está sublevado contra Dios!

Blanca hundió la frente entre las manos.

Pichenet guardó silencio.

Sonaron las siete en el reló del castillo.

Blanca pareció despertarse sobresaltada.

—Es menester que usted se vaya ahora mismo,—exclamó,—ha tardado usted ya demasiado. Adriano: es preciso que usted se retire hacia el campo. Ya ha visto usted á su madre. Ya sabe usted que está en seguridad. Le encargo á usted que diga á Alberto Coetlogon que le prohíba venir á rondar de esa manera alrededor del castillo. Que lo pasa-



rá mal si continúa. Y si le pregunta á usted noticias mías, dígame usted que estoy bien y que pienso en él... de cuando en cuando.

Al concluir de decir estas palabras, se levantó y abrió la puerta. Pichenet no se movió.

—¡Vaya!—dijo Blanca, no sin un poco de impaciencia.

—¿Y usted cree,—dijo el joven doctor levantándose,—que les voy á dejar á ustedes así?...

—Pero...

—¡Después de todo lo que usted acaba de decirme!

—No tiene usted más remedio.

—No, Blanca; yo me quedo.

—¡Que se queda usted!—dijo la pobre joven toda asustada;—si Lacuzan supiera...

—El señor de Lacuzan no lo sabrá.

—¿Cómo ocultárselo... y por qué?—añadió como haciendo á Pichenet esta reflexión.

—No hay que tener confianza sólo á medias, señorita,—respondió Pichenet,—usted me acaba de decir que creía en mí; pruébemelo usted.

Como Blanca no respondía, el joven añadió con acento resuelto, casi imperioso:

—Es menester que yo vea á la señora condesa de Lacuzan.

Blanca se estremeció de susto.

—¡Ver á mi hermana!—exclamó;—¿usted no sabe que nada le importa un asesinato al que está desesperado? Le he dicho á usted, y ¡ojalá que me engañara! que Lacuzan matará á su mujer, y ¿cree usted que á usted le perdonaría?

Pichenet se sonrió ligeramente.

—Estoy bien seguro de que usted no abandonaría á mi madre, señorita,—dijo,—si el conde me matara.

Había en estas sencillas palabras una resignación tan bella, que tocaron en lo más profundo del corazón de Blanca.

—¡Es usted muy bueno, Adriano,—le dijo sin poder disimular su emoción;—pero Lacuzan no es un hombre á quien se pueda servir á mal de su grado. Usted es muy joven, y tiene usted delante de sí un porvenir brillante: váyase usted, váyase usted, y que Dios le recompense el haber querido sacrificarse por nosotros.

Pichenet, en lugar de retirarse ó de contestar, se desabrochó las solapas abotonadas de su frac de terciopelo negro, y sacó del bolsillo interior una petaca de piel de Rusia.

—¿Come usted con el conde y la condesa?—preguntó á Blanca.

—Sí; ¿por qué?

—Porque esta circunstancia nos servirá de mucho.

De su petaca de piel de Rusia escogió un diminuto frasco con una etiqueta latina.

—Cinco gotas en el vaso del conde; tres gotas en la copa de la condesa,—dijo con calma,—y los dos se quedarán dormidos.

Blanca no respondió. Pichenet la alargó el frasco microscópico.

—Si usted no quiere,—dijo muy bajo, pero con tono decidido,—yo ensayaré otro medio... Porque, se lo repito á usted, señorita Blanca, yo he de ver á la señora condesa.

Blanca dudó primero un instante. Después cogió el frasco.

Ya hemos visto el uso que de él hizo.

Cuando Pichenet fué introducido por ella en el saloncito donde María y Lacuzan habían comido, serían sobre las dos de la tarde.

Blanca estaba pálida del todo á causa de la acción á que acababa de atreverse.

Enrique dormía profundamente con la cabeza caída sobre el pecho. Un sueño irresistible le había cogido de improviso. Advertíase en el movimiento y en la actitud de sus brazos, pegados con fuerza contra sus rodillas, que había tratado de resistir. María, por el contrario, tenía la cabeza entornada sobre el respaldo de su sillón y medio oculta entre los rizos de su hermoso cabello rubio.

Pichenet atravesó el salón de puntillas. Estaba más pálido, si cabe, que Blanca, y se le oía latir el corazón dentro del pecho.

—¡Si llegan á despertarse!—murmuró la joven.

Pichenet cogió una de las manos del conde, la levantó; la soltó de pronto: la mano volvió á caer inerte.

Y el conde no se meneó.

Blanca ya no dijo nada. Pero otro temor vino á asaltarla. Aquel sueño se parecía á la muerte. Puso la mano sobre el corazón de Lacuzan y notó que latía pausada y regularmente.

Pichenet la observó esta maniobra, adivinó su pensamiento y se sonrió.

Aproximóse á María y trató de desnudar los cordones de su máscara. Pero le temblaban demasiado los dedos.

—Ayúdeme usted, Blanca,—la dijo enjugándose el sudor que ya le corría por la frente.

Blanca obedeció; pero sus pobres dedos temblaban más todavía que los del doctor Chaumel. Los cordones de la máscara fueron, sin embargo, desanudados. No faltaba ya más que levantarla. Blanca y Pichenet se miraron uno á otro.

Ya no se atrevían.

Por el hueco de la puerta, que estaba abierta, los ojos de ambos se tornaron instintivamente hácia el salón de terciopelo azul. Veíase justamente en frente de la puerta el retrato de María. Una luz más viva que de ordinario hacia brillar su radiante belleza.

Pichenet la arrancó la máscara.

Blanca lanzó un grito ahogado y cayó sin sentido sobre la alfombra.

El mismo Pichenet se tambaleó del susto y se vió obligado á apoyarse contra la mesa.

¿Para qué describir lo que es por lo punzante capaz de romper el corazón? No diremos una palabra de lo que vieron Blanca y Pichenet bajo la máscara de color de rosa. ¡Ay! y el retrato estaba allí, brillante todavía con su divina belleza, estaba allí, y ¡oh burla sangrienta! el rayo de luz que entraba por la puerta parecía hacerle sonreír dulcemente.

Pichenet cogió á Blanca y la llevó adonde estaba su madre, diciendo á ésta:

—Toma, madre; cúdala. Cuando vuelva en sí, díla que ha estado soñando.

Corrió de nuevo al saloncito, y se arrodilló delante de María. Las lágrimas le saltaban del corazón y venían á secarse bajo sus párpados encendidos.

Y cuando por segunda vez miró el fascinador retrato que estaba en la habitación contigua, la respiración hubo de ahogársele en la garganta.

(Se continuará).

Solución de los problemas del número anterior:

La bandada de palomas se componía de 36.

Las naranjas robadas eran 15.

Solución del jeroglífico anterior:

El corazón compasivo es la esperanza del pobre.

#### JEROGLÍFICO



(La solución en el próximo número).

MADRID.—Imp. de E. Rubiños, plaza de la Paja, 10.

## SECCION DE ANUNCIOS

### AGENDA DE BOLSILLO

PARA 1879.

Verdadero inseparable ó libro de memoria para 1879, con el calendario y Guía de Madrid.

PRECIO, DESDE 1 PESETA HASTA 19.

Los libros de memoria no necesitan elogios, pues todo el mundo sabe los grandes servicios que prestan.

### DOS REALES EN TODA ESPAÑA

Calendario Americano para 1879, ó sea calendario español hecho en la forma del Americano, con una indicación el primer día de cada mes de los trabajos que deben practicar los jardineros y hortelanos, charadas, adivinanzas, se-guillitas, proverbios, refranes, anécdotas, etc. Este calendario, el más popular y útil como indispensable para hacerlo accesible á todas las clases de la sociedad, se ha establecido á un precio baratísimo.

### AGENDA DE BUFETE

Ó LIBRO DE MEMORIA DIARIA PARA

1879

con noticias, Guía de Madrid y calendario.—Precios, desde 2 pesetas hasta 3,75.

Libro ya demasiado conocido como inseparable á todas las casas sin excepción para insistir más sobre su utilidad.

Se hallarán de venta en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Ballière, plaza de Santa Ana, 10 Madrid, y en todas las de provincias.

## LA ILUSTRACION CATÓLICA

DIRECTOR, D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurren en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fe* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

#### PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION

CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

### LA CANTABRIA

POR

D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA

Individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia.

Esta obra notabilísima, celebrada por todos los más doctos críticos de España y del extranjero, se vende al precio de 12 rs. con lámina, y 6 rs. sin ella, en la librería de Murillo, calle de Alcalá, núm. 7.

En la misma librería se vende á 4 reales el folleto *La Cava y Don Rodrigo*, del mismo autor.

## LIBROS

El Sr. PEREZ VILLAMIL ha hecho rebaja del 25 por 100 para los suscritores de LA ILUSTRACION, en los siguientes sujos:

*La Peregrinación Española en Italia*, ó sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del Sr. Nocedal. Su precio, 16 reales, para los suscritores de LA ILUSTRACION 12.

*Recuerdos del Monasterio de Piedra*. Su precio 6 reales, para los suscritores de LA ILUSTRACION 4.

Los pedidos á esta Administración, Cava Baja, 40, 2.º